SIMILIA, SIMILIBUS CURANTUR,

ó

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO DEL FRANCÉS

por

D. CALISTO BOLDUN Y CONDE.

Estrenado á beneficio de D. Julian Romea, en el teatro del Circo, en Noviembre de 1859.



MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

SIMILIA, SIMILIBUS CURANTUR,

ó

UN CLAVO SACA OTRO CLAVO.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA

ARREGLADO DEL FRANCÉS

por

D. CALISTO BOLDUN Y CONDE.

Estrenado á beneficio de D. Julian Romea, en el teatro del Circo, en Noviembre de 1859.



MADRID.

IMPRENTA DE T. FORTANET, LIBERTAD, 29.

1863.

PERSONAJES.		ACTORES.
DON SILVESTRE CRUDO, médico.		E. ARJONA.
CECILIA, su esposa.	SRA.	A. GUTIERREZ.
DON LEON FIGUERAS, esposo de		V. TAMAYO.
LUISA, sorda.	SRA.	J. HIJOSA.
DOMINGO, portero.		M. FERNANDEZ.
UN AGUADOR.		NO HABLAN.
UNA SEÑORA.		
UN CABALLERO.		

La accion en Madrid, al anochecer, y en el portal de la casa de don Silvestre.

ACTO ÚNICO.

El teatro representa lo interior del portal de una casa moderna y de lujo. La entrada de la calle por una gran puerta de cristales que habrá en el fondo iluminada por una farola. A la izquierda del actor, y en primer término, la portería con una gran ventana dando frente al espectador, y de manera que pueda verse lo interior de la habitacion del portero; en esta una cama, mesa, sillas, un reloj de cuco ó péndola, y sobre la mesa un quinqué encendido. La puerta que sirve de entrada á esta portería dará enfrente á la escalera principal. A la derecha del actor estará situada la escalera principal, tambien alumbrada por otra gran farola. Detrás del ángulo ó escuadra que forme la portería, se verá otra escalera más pequeña y practicable que conduce á los cuartos interiores y boardillas.

ESCENA PRIMERA.

DON SILVESTRE.—CECILIA.—DOMINGO.—Los dos primeros por la puerta del fondo. Domingo acostado en la cama de la portería.

SILVESTRE. Uf! por fin llegamos. (*Dando el brazo á Cecilia.*) Portero!

CECILIA. Por Dios, hombre, no andes tan aprisa; cada paso que doy se me parte la cabeza. Ay! Ah! Aaa! (*Quejándose y sentándose en una silla que habrá junto á la portería.*)

SILVESTRE. No te asustes, mujer, eso no es nada... un poco

de jaqueca... Domingo! Portero!!... ¿Se habrá dormido como acostumbra este avestruz? Porteroooo! Porterooooo!! (*Gritando y dando con el baston en la trampilla de la puerta.*)

DOMINGO. Ah! Ah! Quién llama? (*Desde la portería y bostezando.*) No le dejarán á uno echar un sueño! (*Saliendo de la portería.*) Ah! es el médico y la médica del entresuelo. Ah! Ah! Llamábanme sus mercedes? (*Restregándose los ojos y esperezándose.*)

SILVESTRE. Sí, hombre, sí...

DOMINGO. ¿Qué tiene la señora que tan pronto dejó el paseo?

SILVESTRE. Que á estas horas no se puede estar en el Prado sin peligro de muerte.

DOMINGO. Qué? Hay rebullicio? Voy á cerrar el porton.

SILVESTRE. Qué disparate! Son los efluvios mefíticos que ocasiona el riego.

CECILIA. La criada supongo que habrá vuelto ya á casa?

DOMINGO. No la ví pasar para arriba.

CECILIA. (Ha cumplido mis órdenes.)

SILVESTRE. Buena pieza es la tal criadita!

DOMINGO. Ahí estuvo esta tarde en su busca el primo coracero, y ambos á dos fuéronse juntos al Chamberí. Ah! tambien estuvo ahí el que reparte los boletines, y díjome que traia de la imprenta unos libritos para que usted se los probase á ver si le estaban bien.

SILVESTRE. Ya! las pruebas que debo corregir.

DOMINGO. Ello es cosa de los romancés que su mercé sácase de la cabeza... El demonio es usted, hombre... Já! já! (*Riyéndose estúpidameute, y dándole un pescozon con familiaridad.*)

SILVESTRE. Bárbaro! Romance llamas al célebre sistema que he inventado y que lleva mi nombre! Romance á

la mejor obra del siglo? Vamos, estos gallegos debieran andar en cuatro piés.

DOMINGO. Ello es cosa que hace reir mucho... Ja!... já!... mucho!...

SILVESTRE. Hace reir? por qué? Veamos.

DOMINGO. Toma! por aquellos cuentos que van á la postre.

SILVESTRE. Los casos prácticos?

DOMINGO. Cá! Aquellos sucedidos que sucedieron á pèrsonas humanas... Demonio de hombre que bien lo relata... parece que se encontró en ellos.... Já! já! já!... Pero el más gracioso de todos, el mas bonito... es el de aquel cura que se volvió mujer! Já! já!

SILVESTRE. Calla, hotentote! (Habré escrito yo en efecto semejante atrocidad.)

DOMINGO. Mire, mírelo su mercé, aquí lo llevo para aprenderlo de memoria... (*Sacando un folleto y leyendo en él con torpeza.*) Cá... cá... caso prácti... co... número...

SILVESTRE. A ver?... (*Acercándose y leyendo*) «Número catorce. La señora condesa P. G. quedó sorda repentinamente á consecuencia de haber experimentado un gran pesar.» La pérdida de su esposo...

DOMINGO. (*Quitándole el folleto.*) Déjeme á mí, que ahora va lo bueno. (*Leyendo.*) «Dicha señora fué despues cura de Santo Domingo. (*Don Silvestre le quita el folleto.*)

SILVESTRE. Estúpido! Si te dejas un renglon! «Y dicha señora fué despues *curada* (*Acentuando la frase.*) por otra impresion no menos violenta. La muerte de un loro de Santo Domingo.» Lo ves, hombre, lo ves? (*Arrimándole á los ojos el folleto y gritando con enfado.*)

DOMINGO. Ahora lo comprendo. No fué la señora la que

volvióse cura, fué el loro el que volvióse... Eh?

SILVESTRE. Sí, dromedario como tú...

CECILIA. Y efectivamente, esa señora recobró el oido por tu sistema...

SILVESTRE. No, porque áun no lo habia yo inventado ni puesto en práctica; pero ya verás el prodigio que obra en tu amiga.

CECILIA. Pobre Luisa!

SILVESTRE. No me has dicho que ensordeció la noche del incendio del convento donde estaba de colegiala?

CECILIA. Precisamente.

SILVESTRE. Y que un bombero?...

CECILIA. Fué su salvador, pues descolgándose por una cuerda pudo llegar hasta el cuarto en que Luisa dormia, y salvarla de una muerte segura.

SILVESTRE. Es un caso á propósito, y no dudes que su curacion es evidente. *Similia similibus curantur*... que quiere decir...

DOMINGO. Que Emilia con sémula cúralo todo. (*Con la misma entonacion que don Silvestre.*)

SILVESTRE. Un susto, una emocion fué la causa de su sordera? Pues con otro susto y otra emocion ha de curarse. Esta es la lógica de mi sistema. Así que tu amiga se decida á venir con nosotros...

CECILIA. Pero esos sustos, esas emociones, confio en que serán?...

SILVESTRE. Eficaces. No tendremos que apelar á la segunda, yo la impresionaré de modo que...

DOMINGO. Si su mercé quiere, yo me encargo de tirarla por las escaleras... mejor susto no le hay.

CECILIA. No por Dios, Silvestre, ninguna violencia ha de emplearse.

SILVESTRE. Pero tampoco he de andarme con paliativos; mi sistema los rechaza; y de hoy más, fuera los emolientes...

Domingo. Eso es, fuera los dientes.

Silvestre. Vaya, adios! y dispensa que te deje sola.

Cecilia. Ya te vas? (Gracias á Dios!)

Silvestre. Lo siento; pero tengo que visitar á un muerto que he curado aquí cerca, y extenderle la certificacion que exige la parroquia.

Domingo. El pasaporte... Eh?

Cecilia. Yo, en cuanto venga la muchacha, he de acostarme; con que no te apresures á volver.

Silvestre. Entónces echaré mi ronda de tresillo en la botica... Ea, adios.

ESCENA II.

CECILIA.—DOMINGO.

Cecilia. (Por fin se fué.)

Domingo. Por vida de la peña de Marola! pues no olvidóse llevar la llave? Ahora tendré que aguardarle hasta media noche! Voy á ver si le topo... (*Se dirige corriendo á la puerta á tiempo que entra por ella un aguador con su cuba; este se para un momento á saludar á Domingo y despues sube por la escalera de la izquierda.*) Hola, Parrondo! tarde viniste, pero ya Joanon llenóme el botijo... Voy de prisa, hombre, á topar al médico! Don Silvestre! Eh! que olvidó la llave! (*Se marcha gritando.*)

ESCENA III.

CECILIA.

La fortuna favorece mi plan: Luisa habrá recibido mi carta, y ya no tardará en venir. (*Suenan las ocho en el reloj de la portería*). Las ocho, y á las ocho y media tengo citado aquí á su marido!... Ha parado un coche á la puerta... será él? No, es una jóven... Ella es, mi pobre amiga.

ESCENA IV.

LUISA.—CECILIA.

LUISA. Tendrá usted la bondad, señora, de decirme, si en esta casa vive el doctor?...

CECILIA. Luisa! abrázame! (*Corriendo á sus brazos.*)

LUISA. Cecilia! querida amiga! (*Abrazándose.*) (*Baja el aguador por la escalera izquierda y se marcha á la calle.*)

CECILIA. Con qué gusto te vuelvo á ver! (*Tomándola la mano cariñosamente.*)

LUISA. Comer? No, gracias; lo hice ántes de salir de Guadalajara.

CECILIA. Necia de mí! Ya olvidaba que no puede oirme!

LUISA. Ya ves con que exactitud he seguido tu consejo; aquí me tienes dispuesta á hacer cuanto tu esposo me mande.

CECILIA. Confío que su ciencia, mi cariño y cuidados, han de hacerte feliz.

LUISA. Desliz? Oh, no! Si Figueras huye de mí, si me abandona, te juro que es sin otro motivo que el que ya sabes.

CECILIA. Lo cual es un absurdo, una picardía de ese calavera!... Como si el ser sordo fuese delito! Tu esposo es un desalmado!

LUISA. Confesado? Ah! no me atreví: en el corto tiempo de nuestras relaciones, ni una palabra aventuré que pudiera indicarle mi defecto; al contrario, hice cuanto pude por ocultarlo. Confieso que hice mal, pero qué quieres? le amaba ya, y el temor de disgustarle... además, como nuestra boda fué concertada sin conocernos, como no nos vimos, ni hablamos sino muy pocas veces, y éstas en presencia de mi tutor, y siempre á través de las rejas del locutorio, se efectuó nuestro enlace, sin que ántes llegara á establecerse entre Figueras y yo, lo que se llama una íntima confianza.

CECILIA. Es decir que ántes de la boda de nada se apercibió?...

LUISA. Se enfadó, sí, mucho... ya te lo escribí. La noche de la boda y una vez solos los dos en la casa que de antemano nos tenian dispuesta, quise aventurarme á una franca y leal explicacion, pero apenas hube pronunciado algunas palabras sobre el orígen de mi desgracia... la fisonomía de Figueras, cambió de repente... palideció.... se puso furioso, frenético...! Yo en tanto arrodillada á sus piés y sollozando, en vano suplicaba que me escuchase... No quiso oirme, y aquella misma noche, hoy hace tres meses, me abandonó el ingrato! Desde entónces (*llorando*) no le he vuelto á ver.

CECILIA. Vamos, Luisa, no llores, subamos á mi habitacion; allí con auxilio de pluma y papel podré explicarte mi plan. Vamos? (*Tomándola del brazo y conduciéndola á la escalera principal en*

cuyos escalones ha dejado Luisa al salir el saco de noche que ahora toma.)

LUISA. Aguarda: dónde he puesto mi saco de viaje?

ESCENA V.

LAS MISMAS.—DOMINGO.

DOMINGO. (*Jadeando.*) Lleve ó demu las llaves, y quien las parió! calla! que tropa es esta? Pues si son alondras, no lo son de este nido... Hay galería! (*Gritando*).

CECILIA. Ah! (*Asustada*).

LUISA. Eh? (*Idem*).

CECILIA. Domingo, alcanzó usted á mi esposo?

DOMINGO. Cá! lleguéme hasta la botica echando los bofes y ya no le topé, y allí dijéronme que á él y á otro compañero los habian llevado á una *yunta:* con que yo emburriéle la llave al boticario para que la diera á don Silvestre...

CECILIA. Con que ha ido á una consulta?

DOMINGO. Así dijéronme.

CECILIA. (Perfectamente. Esto nos dará tiempo...) Vamos, querida?

DOMINGO. (Ah! es su querida?) Entónces voy á subirla el *saco de anoche.* Déme señorita. (*Tomando bruscamente el saco de noche que Luisa tiene en la mano.*)

LUISA. Ay! que quiere este hombre?

CECILIA. Es mi portero.

LUISA. El cochero? Pues si ya le he pagado.

DOMINGO. A mí? no dióme dinero.

LUISA. A tu compañero, me es igual.

DOMINGO. Yo compañero? eso es decirme que estoy... Señora, yo no lo pruebo si no me convidan, y así me lo hiciese bueno con medio chico.

CECILIA. Basta, Domingo: venga eso aquí. (*Tomando el saco de manos de Domingo.*)

DOMINGO. Yo digo que esta señora...

CECILIA. Es inútil: esta señora no puede comprenderte. Vamos?

ESCENA VI.

DOMINGO.

Que no puede comprenderme?... Ah! vamos! Será extranjera... tal vez catalana... de Pamplona... Ah! ah! (*Bostezando.*) Pues no me caigo de sueño?... Esto debe ser del estómago... que la comida sobrante que bajó hoy la Antonia la del principal, no fué gran cosa... á la cuenta los amos tuvieron hoy más hambre que otros dias... Qué falta de consideracion con los pobres! (*Bajan por la escalera un caballero dando el brazo á una señora, y detrás un lacayo. Domingo saluda y él pasa muy grave sin contestarle.*) Quién va? Hola! Estos fueron los que comiéronse hoy lo mio! El Cónsul y la Cónsola de *Fraiadelfa.*—Dios los guarde! Van al treato? Hum!... (*Remedando con el gesto y el andar la gravedad del cónsul.*) Qué serio pasa!... parece que les debo y no les pago... No, pues si á mí se me pone en el morro, acierro esta noche la puerta, y déjolos dormir en la calle, aunque seas más Cónsul emplumático que san Crispin. Ea! vamos á atizar los faroles. (*Sube la escalera izquierda.*)

ESCENA VII.

FIGUERAS.

Eccome al fine... Calle de la Madera, número quince. El doctor ha salido, segun informes del escarolero de enfrente. ¡Bravísimo! Recapitulemos. El domingo en el Botánico, cuando mas absorto estaba yo oliendo un tulipan que habia escamoteado sin que el guarda me viese, una voz argentina hirió mi oido diciéndome:—«Caballero, me hace usted el favor de...»—Era una beldad la que me interpelaba... Yo creí que era el tulipan lo que me pedia, y á fuer de galante, me apresuré á ofrecérselo...—«Gracias, caballero, es usted muy amable,»—dijo, aceptándolo y sonriendo,—«pero áun tengo que pedirle otro favor.»—«Oro molido, señora,»—contesté yo.—En esto se acercó á nosotros un quidam con cara de vinagre, que tomando á mi bella por el brazo se la llevó del jardin á paso redoblado.—Ahora bien: ¿sería *aquella cosa* su padre, ó su marido? Hé aquí el dédalo de conjeturas en que me pierdo. Sin embargo, si he de dar crédito á mi experiencia, no era aquel su padre... no; aquellas cejas en forma de espiral... elevando sus puntas hasta las sienes... aquel mirar receloso... el lazo de la corbata colgando como un cencerro!... no hay duda, era un marido! Esta carta que he recibido no lo confirma, pero tampoco lo niega. Ingenioso ardid es el que ha encontrado mi bella conquista para darme á cono-

cer las señas de su casa .. Un prospecto de la obra que está publicando su esposo cobijando el simbólico tulipan del Botánico. Con que *alons sans fazon*... hasta el cuarto entresuelo. (*Dirigiéndose á la escalera derecha y tropezando con Domingo que baja por ella.*)

ESCENA VIII.

EL MISMO.—DOMINGO.

FIGUERAS. Huy!

DOMINGO. Perdóneme su merced, caballero! Qué es lo que busca?

FIGUERAS. Vengo buscando... busco una... hombre, no puedo decirle á usted lo que busco...

DOMINGO. Vamos, caballero, dejémonos de habladurías y retrónicas, y dígame á qué cuarto se digiere.

FIGUERAS. Al... al del centro.

DOMINGO. Es que hay dos.

FIGUERAS. Dos centros? Imposible, y voy á ver...

DOMINGO. Alto ahí! non se pasa. (*Interponiéndose.*)

FIGUERAS. Pero, hombre...

DOMINGO. Nada, lo dicho, dicho, y la jaca á la puerta... Yo tengo destrucciones del amo... y aunque usted por su aparejo, parece cosa decente, sabe Dios si lo será... que no es el primer burro que yo vide con albarda nueva.

FIGUERAS. Hé! (*Picado.*)

DOMINGO. Y esto no lo tome usted por sí, que dígolo por los rateros que llévanse los cordones de las campanillas.

FIGUERAS. Usted se equivoca. Yo soy un caballero, y... Mi nombre es bien conocido...

DOMINGO. Cómo se llama su mercé?

FIGUERAS. Don Leon Figueras...

DOMINGO. Figueras? Ese no es nombre de persona... Bah! usted no es árbol.

FIGUERAS. (Tú sí, alcornoque.) Repito que soy don Leon Figueras.

DOMINGO. Ah!... aguarde... yo conozco un leon... sí, sí, el del Retiro!...

FIGUERAS. No soy yo.

DOMINGO. Entonces á qué viene mintiendo? Orrio! á la calle... largo...

FIGUERAS. (Este hombre es un cafre. Cómo haré para ganar tiempo? Oh! buena idea!) Dígame usted, buen amigo...

DOMINGO. Largo!... largo!...

FIGUERAS. Oiga usted, y no perjudique los intereses de su amo.—Hay en esta casa alguna habitacion desalquilada?

DOMINGO. *Vacida?* Tenemos una.

FIGUERAS. De cuantas piezas?

DOMINGO. Tiene... deje, tiene... cuatro pesebres y dos mas en la cochera... pero tiene algo de *humidez por mor* del pozo.

FIGUERAS. Es húmeda? Malo!—Podrán oxidarse mis caballos, y... A propósito, no vive en esta casa el doctor?...

DOMINGO. Ah! ah! (*Bosteza esperezándose.*) Váyase hombre, ¿no ve que estoy durmiéndome? Tenga cortesía.

FIGUERAS. Preguntaba si vive en esta casa un médico especialista?...

DOMINGO. Ah! ah! (*Bostezando.*) Maquinista? Sí, señor: don Silvestre Crudo.

FIGUERAS. Precisamente: pues á ese señor Crudo vengo yo buscando... (para cocerle.)

DOMINGO. Por conocerle? Y por qué no lo dijo hace una hora?

FIGUERAS. Pchsit! No se me ocurrió (y es verdad,) y despues... porque siempre cuesta cierto rubor confesarse uno enfermo...

DOMINGO. Ah! vamos, ya lo comprendo ahora... Está su mercé indispuesto... eh? Ja! ja! (*Riendo estúpidamente.*) Le ha picado alguna vívora? Ja! ja! ja! Válgame Dios, hombre!

FIGUERAS. Con que voy á consultar con el doctor... (*Dirigiéndose á la escalera.*)

DOMINGO. No está en casa, lleváronle á una *yunta* con otro compañero.

FIGUERAS. No importa, le esperaré. (*Dirigiéndose á la escalera. Don Silvestre aparece.*)

ESCENA IX.

LOS MISMOS.—DON SILVESTRE, foro.

SILVESTRE. Hola, Domingo!

DOMINGO. Aguárdese, hombre, que aquí viene don Silvestre. (*Agarrando á Figueras que empezaba á subir la escalera principal.*)

FIGUERAS. La hicimos!

DOMINGO. A este señor parece que lo duele algo y viene á que su merce lo cure.

SILVESTRE. Caballero, estoy á sus órdenes.

FIGUERAS. Muy señor mio... (No sé qué decirle.)

SILVESTRE. Subamos á mi habitacion si usted gusta...

FIGUERAS. Mil gracias, pero yo preferiria... (Aquí estoy mejor para escapar.)

SILVESTRE. Sírvase usted subir... (*Invitándole á que pase primero.*)

FIGUERAS. Es usted muy amable, pero...

DOMINGO. Cúrele aquí, hombre! (*A Silvestre.*) No ve que el pobre tiene un constipado que no puede mover las patas!... ja! ja!

SILVESTRE. Sea como usted guste, caballero, y vaya usted explicándome su padecimiento, su orígen, etcétera, etcétera.

FIGUERAS. (Metámoslo á barato. A ver si lo embrollo á fuerza de extravagancias.) Mi padecimiento, querido doctor, está en el cerebro: siento aquí ruido... unos zumbidos... un estrépito... en fin, juraria que se ha aumentado el volúmen de mi cabeza.

SILVESTRE. Es usted casado?

FIGUERAS. No, señor; soltero. (Ay! ojalá!)

SILVESTRE. Dígolo porque los cuidados de la casa, de la esposa y los hijos, siempre ocasionan desvelos, cavilaciones...

FIGUERAS. Oh! no señor; mi posicion es muy libre y desahogada: el orígen de mi padecimiento fué una maldita casualidad. Soy aficionado á caza y me dedico con predileccion á la cria de canarios.

DOMINGO. (Pues la que ahora sacaste creo que canta en la mano.)

FIGUERAS. Yo mismo les doy de comer, por mi mano, y así es que andando todo el dia á vueltas con los cañamones y el alpiste, y el alpiste y los cañamones, alguno debió metérseme en este oido; y fructificar dentro de él y hechar raíces, porque una mañana al ir á afeitarme observé que una ramita, verde como de peregil salia de mi oido; tiré de ella, logré arrancarla, y adquirí la certeza de que provenia de los cañamones, supuesto que uno venia adherido á sus raíces.

SILVESTRE. Extraño es el fenómeno, pero posible; y una vez ya libre de ese cuerpo extraño, de ese agente...

(causa fortuita de su trastorno cerebral...) qué es lo que viene usted á consultarme?

FIGUERAS. Un recelo, una duda atroz que me atormenta. Además de criador de canarios soy periodista de oposicion, circunstancia que me ha proporcionado visitar más de un calabozo... razon por la cual me he visto obligado á vivir alguna vez en amable compañía de ratas y ratones, etc. etc.

SILVESTRE. Pero qué conexion tiene?...

FIGUERAS. Diré á usted. Como mi padecimiento no cesa, como el estrépito y zumbidos aumentan en mi cerebro... y como siento discurrir por todo mi indivíduo cierto hormigueo... vea usted, ahora mismo me pondria á bailar, si no fuera por el respeto á la persona de usted, y porque el sitio no es á propósito.

SILVESTRE. El sistema nervioso... cuando se exacerban los nervios...

DOMINGO. Sí, cuando los *niervos* se acedan...

FIGUERAS. Pero, señor... y este conato que siento de romper todo lo que se me pone por delante?... de arañar, de morder...

DOMINGO. Caracoles!

FIGUERAS. No puedo resistir el deseo de pulverizar, de roer los alimentos, como... como... pudieran hacerlo... mis antiguos compañeros de cárcel.

DOMINGO. Como los ratones, eh?

FIGUERAS. Precisamente. Y este bullir y correr por acá, por allá? Señor doctor, algo extraño, inverosímil... no tiene duda, se ha verificado en todo mi organismo...

DOMINGO. Un organillo?

SILVESTRE. Quieres callarte, majadero y no interrumpir? Me deja usted confuso y perplejo con esa narracion. Es verdad que á veces presentan los nervios...

DOMINGO. Qué *niervos* ni qué zanahorias! Eso es que algun raton metiósele dentro en busca de los cañamones, y ha hecho cria dentro de su cabeza.

SILVESTRE. Repito que nos dejes en paz con tus barbaridades... Caballero, confieso francamente que no puedo determinar la enfermedad que usted padece, aunque desde luego aseguro que hay algo de plétora.

DOMINGO. Eso, de pelotera... que ellos allá dentro arman entre sí unos con otros!

SILVESTRE. Veamos el pulso. Pues señor, no encuentro...

FIGUERAS. (*Dándoselo.*) (Ya está escamado.)

SILVESTRE. Trae una luz. (*A Domingo.*)

DOMINGO. (Pobre rapaz! yo que creí que... Vamos, equivoquéme... Quién diria!... que este hombre está hueco como una guitarra, y lleno de ratones como una guardilla!)

SILVESTRE. El otro. (*Tomando el otro pulso.*)

DOMINGO. Aquí está la luz.

SILVESTRE. Tenga usted la bondad de sacar la lengua.

DOMINGO. Y abra bien la boca á ver si por el gaznate veo pasar los ratonciños...

FIGUERAS. Ah! (*Viendo á Cecilia que aparece en la escena.*)

DOMINGO. Ahora pasó uno, yo víle el rabo.

SILVESTRE. Qué fué eso?

DOMINGO. Mordióle?

ESCENA X.

LOS MISMOS.—CECILIA que sale por la escalera principal.

CECILIA. (Es preciso alejar á mi marido.)

DOMINGO. Pero mordióle?

CECILIA. Silvestre! Caballero!... (*Saludando.*)

SILVESTRE. Qué veo? no te has acostado?

CECILIA. Cuando iba á hacerlo, he visto sobre la mesa esta tarjeta de Bustillos y escrito *urgente*, y he bajado á decir á Domingo que te la llevase á la botica.

SILVESTRE. Pues vive cerca que digamos.

CECILIA. Qué importa, tomas un coche...

SILVESTRE. No hay otro medio... Caballero, un médico no se pertenece, se debe á sus enfermos; pero como tambien lo es usted ya mio, le ofrezco un asiento en mi coche, y con esto la ocasion de acabar de explicarme su enfermedad. (*Cecilia hace señas á Figueras, indicándole que vuelva pronto.*)

FIGUERAS. Señora... tengo el honor...

CECILIA. Caballero...

FIGUERAS. En cuanto salga le doy esquinazo. (*Aparte á Cecilia.*)

SILVESTRE. Adios, alma mia. (*Figueras hace señas á Cecilia que volverá.*) Usted caballero, no se desanime. (*Tomando el brazo á Figueras y andando hácia el foro.*) Yo garantizo su curacion: por el pronto... en cuanto á los alimentos... dará usted la preferencia á los de fácil digestion, y comerá en abundancia...

DOMINGO. Queso manchego, que así estarán contentos y dejaránle en paz.

ESCENA XI.

DOMINGO.—CECILIA.

CECILIA. Con que ese jóven está enfermo?

DOMINGO. Así parece... y de una enfermedad que métele mucho ruido...

CECILIA. Pues qué?...

DOMINGO. En la cabeza... unos ratones de presidio que metiéronsele dentro; y le suben y le bajan por aquí, por allá...

CECILIA. Qué disparate!... Y era eso lo que consultaba con mi marido?

DOMINGO. Sí señora, pero paréceme que el mozo no lo acierta en buscar á don Silvestre.

CECILIA. Por qué?

DOMINGO. Porque para esa enfermedad yo creo que en vez de médico, debió buscar un gato que fuéselos cazando.

CECILIA. (Mientras vuelve Figueras, voy en busca de la tia de Luisa: conviene que presencie la entrevista de los esposos.) Domingo?

DOMINGO. Señorita?

CECILIA. Vaya usted por un coche ahí á la esquina.

DOMINGO. Al momento... Si va á llevar consigo la catalana... traerélo de dos caballos, eh?

CECILIA. Como usted quiera, con tal que sea pronto.

DOMINGO. Traerélo grande, *por mor* de los meriñaques.

ESCENA XII.

CECILIA.

Que sorpresa va á ser la de Figueras, cuando vea que no soy yo, sino su mujer la que le aguarda en mi gabinete! Ahora es todavía forzoso que yo siga representando el papel de una coqueta perdidamente enamorada de las gracias de ese nuevo Narciso. Oh! y lo que es él lo ha tomado por moneda corriente... ¡Qué fátuos

y que tontos son algunos hombres! Qué veo! (*Aparece Figueras por el foro haciendo señas de si puede entrar sin riesgo de ser visto del portero.*) Ya está aquí, y esto va impedirme salir en busca de... No importa, yo encontraré un medio...

ESCENA XIII.

CECILIA.—FIGUERAS.

FIGUERAS. Digo, si la dí flechazo cuando me está aguardando en el portal!... Bella mia! (*Acercándose con aire de triunfo.*)

CECILIA. Caballero, suplico á usted que tenga prudencia y suprima las galanterías, este sitio no es el más á propósito para que yo pueda escucharlas sin comprometerme.

FIGUERAS. Dice usted bien; pero tal es el efecto que en mí produce el encanto de sus gracias, que á pesar mio llegan hasta mis labios los impulsos de un corazon entusiasmado.

CECILIA. Tiempo y ocasion tendrá usted pronto, yo se lo aseguro, de emplear ese lenguaje cerca de una persona que lo acogerá con cariño y que sabrá premiarle con un eterno amor.

FIGUERAS. Que escucho! Con que usted me asegura?...

ESCENA XIV.

LOS MISMOS.—DOMINGO.

DOMINGO. Arrima, Simon. (*Dentro.*)

CECILIA. El portero! Es preciso que no le vea á usted;

ocúltese pronto en esa escalera. (*La de la izquierda.*)

FIGUERAS. Mas oculto estaré subiendo á la habitacion de usted.

CECILIA. Imposible: tengo de visita una amiga cuyo padre debe venir á buscarla.

FIGUERAS. Pero...

CECILIA. Ya he mandado traer un coche que va á conducirla donde está su padre.

FIGUERAS. Ingrata! Qué fútil pretexto!

CECILIA. No, y pronto va usted á convencerse. No tengo secretos para mi amiga y no he temido confiárselo todo; va á bajar aquí, y ella misma le entregará á usted una llave con la cual podrá penetrar en mi habitacion.

FIGUERAS. Ah! Hechicera! (*Queriendo besarla una mano.*)

CECILIA. Chit! Prudencia! Ocúltese usted pronto! (*Ocúltase Figueras en la escalera izquierda.*)

ESCENA XV.

CECILIA.—DOMINGO.

DOMINGO. Aguarda un poquiño, Simon, que luego va la señora. (*Dirigiéndose á la puerta.*) Ahí está ya el coche.

CECILIA. Bien, que aguarde un momento.

ESCENA XVI.

DOMINGO solo.

Qué dices, hombre?—Si tardará?—Y qué te importa? No te ajusté por horas.—Pues entón-

ces, hombre... Estos cocheros como van en alto, tienen mucho *argullo* y mucho *pedrominio* con los que andamos en las patas. Ah! ah! ya cogióme otra vez el sueño! (*Se entra en la portería y se acuesta.*)

ESCENA XVII.

FIGUERAS.

Ya se metió en su concha el nieto de Pelayo. Procuremos que no nos vea. Pues señor, esto marcha! Puedo decir como César: «Vine, ví, y vencí!» Qué bárbaro! pues no está ya roncando! (*Sin bajar al proscenio por temor de que le vea el portero.*) Con que por lo visto mi bella conquista quiere desembarazarse de testigos? La supuesta amiga será, como si lo viera, la maritornes de la casa! Comprendo! haciéndola su íntima quiere dar á esta aventurilla tan prosáica y vulgar, cierto colorido misterioso y novelesco como el que Calderon empleó para poetizar á las heroinas de sus comedias... (*Aparece en lo alto de la escalera derecha Cecilia con el mismo abrigo ó capuchon y sombrero que Luisa sacó ántes, y con velo á la cara.*)

ESCENA XVIII.

Los mismos.—CECILIA.

CECILIA. Chist! Chist!

FIGUERAS. Lo dicho, ya tenemos aquí á la dama tapada... la fregatriz representando á doña Clori con el dis-

fraz de su señora!... Y no lo maneja mal la cocinera! se conoce que tiene práctica, y no muy mal talle.

CECILIA. Cé! cé!

FIGUERAS. Esto empieza á ser interesante. (*Escondiéndose detrás del ángulo de la portería.*)

CECILIA. Chist!

FIGUERAS. (*Asomando.*) Chist! Aquí estoy escondido, pues si el portero me atisba me romperá un alon.

DOMINGO. Aquí siento ruido.

(*Cecilia hace señas para que se acerque á tomar una llave. Figueras sale del escondite para tomarla, pero al oir á Domingo retrocede y vuelve á ocultarse: Cecilia lo hace tambien en la escalera derecha.*)

FIGUERAS. El Argos abrió los ojos!

DOMINGO. No hay nadie; fué algun gato que viene sin duda al olorcillo que ha dejado por aquí el hombre enratonado. (*Métese en la portería.*)

CECILIA. Fuerza es darle la llave. Chist! (*Bajando la escalera y enseñando la llave á Figueras que tambien sale, la toma, y vuelve á ocultarse.*)

FIGUERAS. Chist!

CECILIA. Ya la tomó!

DOMINGO. Quién va? es la catalana. Ahí tiene su mercé el coche aguardando. *Vayga vusted cun Diu.* (*Imitando bárbaramente el acento y pronunciacion de los catalanes.*)

FIGUERAS. Por fin empuño la llave que ha de conducirme al templo del amor. Quisiera tener alas, pero es fuerza que marche de puntillas... no me sienta ese cernícalo...

ESCENA XIX.

FIGUERAS.—DOMINGO.

DOMINGO. (*En la ventana de la portería.*) Quién va ahí?

FIGUERAS. Maldita sea tu estampa!

DOMINGO. Calla! Otra vez por aquí el enratonado! Qué se ofrece? (*Figueras toma una silla y se sienta en ella como para seguir una conversacion.*)

FIGUERAS. Con que deciamos, amiguito, que en esta casa hay una habitacion desalquilada?

DOMINGO. Sí, señor, las calderas de Pedro Botero, y el pozo, donde voy á echarle de cabeza. Aguarde y verá. (*Se retira de la ventana.*)

FIGUERAS. Y este cafre es muy capaz de hacer lo que dice.

DOMINGO. (*Saliendo.*) Ahora verá como cargo con él... (*Va á agarrarle, pero se detiene y reflexiona.*) No, poco á poco... si yo le aprieto, rómpole el pellejo, sálense los ratones, y extendiéndose por toda la casa...

FIGUERAS. (Qué estará pensando?) (*Continúa sentado en la silla.*)

DOMINGO. Mejor es arrimarle cuatro palos en las canillas: voy por mi *noche-bueno.* (*Entra en la portería.*)

FIGUERAS. Con que deciamos que la habitacion?...

DOMINGO. (*Con cariño.*) Aguarde un poquiño, rapaz, que no le faré daño.

FIGUERAS. Te veo! Franqueemos la escalera. (*Sube los escalones corriendo.*)

ESCENA XX.

DON SILVESTRE saliendo por el fondo, y á poco DOMINGO de la portería con un palo.

SILVESTRE. (*Al salir.*) Ah! esposa desleal!... Ah! vil seductor!... he de exterminarte! Pero... ah! no puedo! La rabia me quita las fuerzas! Quién me dará consuelo en mi dolor? (*Cae desmayado en la misma silla en que estuvo sentado Figueras y vuelto de espaldas á la puerta de la portería. Domingo da repetidos golpes con el palo en el sombrero de don Silvestre y al respaldo de la silla, hasta que esta y don Silvestre caen al suelo.*)

DOMINGO. Toma, gatera; que ya te conocí.

SILVESTRE. Ladrones! Ay! Asesinos! Ay! Ay!

DOMINGO. Voto á ó demu, que es don Silvestre! Es usted, señor!

SILVESTRE. Sí, asesino! Qué te he hecho yo para tratarme así!

DOMINGO. No tome usted la cosa por usted, que yo me *digeria* á otra persona... al hombre enratonado.

SILVESTRE. (*Levantándose como movido por un resorte.*) El jóven de ántes? El que ha perdido esta carta que le ha dirigido mi mujer regalándole un tulipan?

DOMINGO. Una carta con tul y con pan?

SILVESTRE. Este prospecto de mi obra en el cual ha intercalado mi mujer algunos renglones dándole una cita, y que el seductor ha dejado caer dentro del coche en que los dos fuimos á casa de Bustillos...

DOMINGO. Pues si fuéronse juntos, cómo es que él volvióse?

SILVESTRE. Porque á la esquina de esta calle se apeó diciendo que el traqueteo le molestaba.

DOMINGO. Pues él vínose aquí en busca de una habitacion desalquilada.

SILVESTRE. Libertino! ya sé yo la que él quiere ocupar.

DOMINGO. Pero si usted no le topó en la puerta, él debe estar arriba.

SILVESTRE. Ah! el furor me ahoga!... necesito beber su sangre! Aquí tengo mi baston de estoque y arriba la escopeta... ármate con ella, y ayúdame en mi justa venganza.

DOMINGO. Y qué voy á hacer?

SILVESTRE. Cortarle la retirada! Mientras yo le persigo, guarda tú la puerta que sale á la cocina; te escondes en la carbonera, y cuando pase... pum!

DOMINGO. Andando, dejólo tieso.

SILVESTRE. Vamos, vamos.

DOMINGO. Vamos allá. (*Suben por la escalera derecha.*)

ESCENA XXI.

CECILIA.

Imposible me ha sido decidir á doña Mercedes á que presencie la entrevista; está tan irritada contra Figueras, que ha jurado no verle mas... Qué habrá pasado aquí? Estarán ya arriba los dos esposos? Habrá venido el mio?... No lo quiera Dios! él que es tan suspicaz y tan violento, era capaz de... Voy á preguntar al portero... Domingo! (*Llamando y entrando en la portería.*) No está aquí. Quizá en la tienda de al lado...

ESCENA XXII.

FIGUERAS, por la escalera derecha con el cabello y vestido en desórden y sin sombrero, mirando atrás azorado, y declamando cómicamente en lo alto de la escalera los siguientes versos.

FIGUERAS. Por entre unas matas
seguido de perros
no diré corría...
volaba un conejo.
(*Bajando la escalera de un solo salto.*)
De su madriguera...
Si saldrá el portero?

No pensó Iriarte al escribir su fábula que un desventurado mortal habia de verse como su conejo, perseguido por un mastin y un perro de presa... Crueles! ni siquiera me han dejado contemplar á mi bella mas que de espaldas!... y eso á través de cristales, y casi velada por la colgadura de su lecho! Cuando iba ya á penetrar en aquella estancia, templo del amor, he sentido la jauría que me acosaba!... y gracias que pude esconderme en lo oscuro y escapar sin ser visto. Ay! de buena me he librado! Digo... digo! es flojo el estrépito que anda por allá arriba. (*Acercándose á escuchar en la escalera.*)

ESCENA XXIII.

DICHO.—CECILIA.

CECILIA. No está en la tienda ni... Pero qué veo!

FIGUERAS. Huyamos! (*Se encuentra con Cecilia.*) La cocinera! Ah! Maritornes, dí á mi Dulcinea...

CECILIA. Soy yo, caballero. (*Descubriéndose el velo.*)

FIGUERAS. Señora, en este momento la creia á usted en otro sitio, con traje mas ligero y trasparente...

CECILIA. Basta ya de frases, y respóndame usted, caballero. Qué le ha dicho su infeliz esposa?

FIGUERAS. Eh? (Sabrá esta la historia del bombero feliz.)

CECILIA. Le hablo á usted de Luisa Prado, mi amiga y compañera de colegio.

FIGUERAS. Qué cambio es este, mi bella ingrata? A qué viene recordarme?...

CECILIA. Ni una palabra más... acabó la farsa... Oigame usted, caballero, y respóndame con formalidad. Qué le ha dicho á usted su infeliz mujer?

FIGUERAS. Me dijo hace tres meses... ó mas bien empezó á referirme la historia del incendio de un convento, en que hubo desmayos, y mucho humo... Ah! (*Suspirando.*) y un intrépido bombero que penetró por una ventana... Ah!

CECILIA. Continúe usted...

FIGUERAS. Ignoro el desenlace porque interrumpí la relacion en el prólogo...

CECILIA. Y por qué?

FIGUERAS. Porque temí que el protagonista de aquel drama me obligase á representar en él un papel secundario y no muy airoso.

CECILIA. Qué oigo! Creo adivinarlo todo y tal vez un funesto error sea la causa de la confusion en que todos nos encontramos. Dígame usted, Figueras: ignora usted por ventura, que la noche del incendio, con el susto y la emocion, perdió Luisa el oido?

FIGUERAS. Ah! Con que lo que ella queria referirme?... lo que ella me ocultaba? Qué estupidez la mia! Era sorda!... qué felicidad! Oh! señora... que peso me quita usted del corazon! porque ahora

ya puedo confesarlo... yo la amo, la adoro, la idolatro!

CECILIA. Ella le corresponde á usted, y ahora poco me decia la pobre llorando...

FIGUERAS. Ahora poco? pues dónde está?

CECILIA. No acaba usted de verla en mi habitacion? no baja usted ahora de allí?

FIGUERAS. Ah! todo lo comprendo! Era ella! Será posible? aquel torneado brazo! aquella hermosa cabellera me pertenecen! Hija de mi alma! Sorda hechicera!

CECILIA. Si ha leido usted el prospecto que le remití esta mañana, no desesperará de la curacion de Luisa... El sistema de mi esposo es eficaz y...

FIGUERAS. Es atroz... y tal vez llevado del entusiasmo de producir emociones... Ah! corramos, si áun es tiempo, á evitar una desgracia.

ESCENA XXIV.

LOS MISMOS.—LUISA.—SILVESTRE Y DOMINGO con una escopeta y algun tiznon en la cara y manos, bajan precipitadamente la escalera.

DOMINGO. Venga usted, señorita, que aquí la tenemos... Calla! la señora y el enratonado!

CECILIA. Perdóname este ardid.

SILVESTRE. Cecilia de mi alma! (*Se abrazan.*)

LUISA. Figueras, podré esperar?...

FIGUERAS. Abrazame, paloma! (*Se abrazan.*) Qué bonita es!

DOMINGO. Qué contradanza es esta? Todos se abrazan y á mí me olvidan que la he curado?

SILVESTRE. Qué curacion tan asombrosa!

DOMINGO. Yo la curé, y la puse al corriente.

SILVESTRE. Qué triunfo sobre mis detractores!

LUISA. Buen susto me ha costado!... Figúrate que yo estaba sondormida cuando de repente veo á los dos entrar en mi alcoba, furiosos, frenéticos! Este hombre amenazándome con una escopeta, tu esposo con una espada!... Los creí ladrones, asesinos!... quise gritar, pero el miedo embargó mi voz en la garganta, y caí desmayada...

DOMINGO. Si no la amparo rómpese la crisma!

FIGUERAS. Otro desmayo?

SILVESTRE. La crísis.

LUISA. Al volver de él conocí que habia recobrado el oido.

CECILIA. Gracias á Dios.

SILVESTRE. *Similia similibus curantur.* Quede aquí consignado que un susto quitó el oido á esta señora, y otro se lo ha hecho recobrar! El sistema del Doctor Crudo... no lo duden ustedes, dará muchos dias de gloria á la patria, que lo vió nacer, y su autor alcanzará hoy... alcanzará...

DOMINGO. (Alguna pedrada!) (*Aparte.*)

TODOS. Alcanzará, qué?...

SILVESTRE. Pregúntalo tú á sus compatriotas, que á mi la modestia no me lo permite. (*A Cecilia*)

CECILIA. No puedo aceptar tu encargo.

SILVESTRE. Y por qué?

CECILIA. Tengo otro de más interés que desempeñar. (*Dirigiéndose á los espectadores.*)

Público, aqueste juguete,
ó solemne extravagancia,
á España llegó de Francia,
en el último paquete;

su traductor, se promete,
si ya no es mucho exigir,
que ahora escuchemos decir:
¡Jesus y qué sainetón!
mas le doy la absolucion,
por lo que me ha hecho reir.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado este juguete, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.

Madrid 1.º de Noviembre de 1859.

El Censor de teatros,

ANTONIO FERRER DEL RIO.